

HISTORIA DEL FRANQUISMO

1/FRANCO, FRANCO, FRANCO

Amando De Miguel

"Don Francisco Franco se convirtió en el gran enigma de la España del siglo XX. Nadie ha sabido cultivar mejor que él el arte de ofrecer una imagen política de sí mismo perfectamente indefinible. Las supuestas 'intenciones políticas' de Franco han dado lugar a las mayores confusiones y contradicciones, acaso porque, en realidad, carece de ellas [...].

Francisco Franco no aspiraba a otra cosa que a mantenerse en el poder. Pronto adquirió una notable habilidad para manejar, y desacreditar a cada una de las heterogéneas fuerzas componentes del Glorioso Movimiento Nacional [...]. Como un monarca de derecho divino, Franco sólo era responsable ante Dios".
Payne



1/FRANCO, FRANCO, FRANCO

De Miguel

Università di Milano
SU MUTAMENTO SOCIALE
DIPARTIMENTO DI STUDI

MS	SP.	XIII	113
----	-----	------	-----

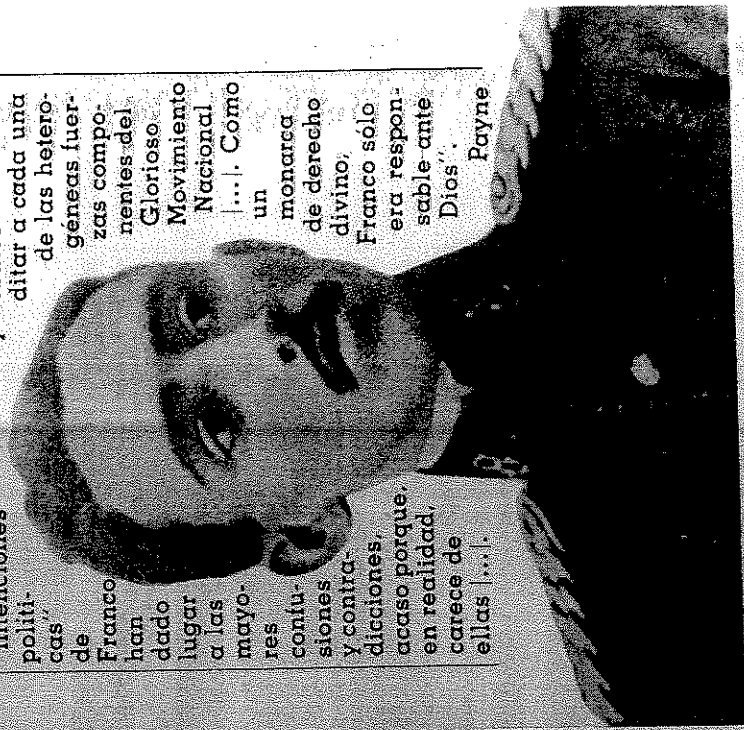
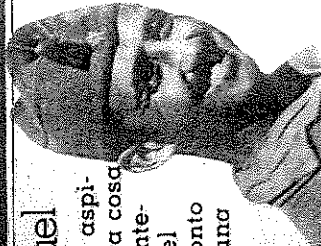
HISTORIA DEL FRANQUISMO

1/FRANCO, FRANCO, FRANCO

Amando De Miguel

"Don Francisco Franco se convirtió en el gran enigma de la España del siglo XX. Nadie ha sabido cultivar mejor que él el arte de ofrecer una imagen política de sí mismo perfectamente indefinible. Las supuestas 'intenciones políticas' de Franco han dado lugar a las mayores confusiones y contradicciones, acaso porque, en realidad, carece de ellas [...].

Francisco Franco no aspiraba a otra cosa que a mantenerse en el poder. Pronto adquirió una notable habilidad para manejar, y desacreditar a cada una de las heterogéneas fuerzas componentes del Glorioso Movimiento Nacional [...]. Como un monarca de derecho divino, Franco sólo era responsable ante Dios".
Payne



1

FRANCO Y EL FRANQUISMO

Antes de ponerme a investigar la figura del Caudillo me he entretenido en analizar algunos aspectos del funcionamiento de la vida social y política durante su mandato². Lo primero no se entiende sin lo segundo. No sólo por una obvia consideración dialéctica aplicable a todos los casos de líderes políticos, sino por la especialísima circunstancia de que respecto a Franco y el franquismo es el sistema político resultante el que explica la personalidad pública de su fundador, mucho más que al revés. El Caudillo fue una creación necesaria de la conjunción de fuerzas que determinaron acabar con la República; de no existir el General Franco habrían "inventado" una figura igualmente adaptable a esos propósitos. Sé que este sociologismo puede resultar aberrante a la mentalidad historicista tradicional, pero me parece un esquema más propicio para entender lo que nos ha pasado al colectivo de los españoles en el último medio siglo, que la estrategia opuesta de considerar que el franquismo es, sin más, el invento de Franco.

Resulta curioso constatar que el fundador del Estado Nuevo y del Movimiento Nacional, el último y más duro de los grandes dictadores del siglo XX, el General Franco, no tuviera ninguna biografía política hasta el momento de ser Jefe del Estado. Su carrera pública había sido casi exclusivamente militar y, dentro de la carrera militar, la de un oficial colonial. El que iba a unificar por decreto y bajo su jefatura las fuerzas políticas contendientes en la Guerra Civil no había pertenecido a ninguna de ellas. Más aún, y aunque parezca increíble, Franco fue

cronológicamente el último de los conspiradores contra la República. No se decidió a engancharse al grupo golpista hasta una semana antes del Alzamiento en julio de 1936³. Su actitud de esfinge en todo el largo proceso de la conjura militar contribuyó a acrecentar su prestigio mítico, rodeado como estaba de conspiradores profesionales tan locuaces y apasionados como poco eficaces. Al final, el último de los conjurados se alzó junto a sus compañeros, y esa decisión pospuesta le llevó a recrudecer su rechazo del régimen republicano al que había servido con discreción y disciplina.

Ahora bien, esta singularidad en la personalidad y la biografía de Franco no justifica que podamos describirlo como un técnico, o todo lo más como un político sin ideologías. Las tuvo y bien claras, y por eso fue auspiciado al poder y mantenido en él, sólo que Franco-político sólo empieza a contar desde la Guerra Civil. Detenerse en sus campañas de África resulta curioso, pero explica muy poco (algo sí) de lo que luego sucedió, al menos para la óptica de un sociólogo. Por eso mismo las ideologías que luego va a expresar Franco no se originan con él, sino que simplemente él las recoge del elenco político con que se encuentra. Esto es un dato fundamental que lo distingue del papel representado por otros conspicuos dictadores modernos, creadores de corrientes políticas de mayor fuerza y originalidad.

Resulta muy instructivo repasar el Manifiesto de Las Palmas, el primer bando de guerra que firmó Franco, el 18 de julio de 1936, todavía con la frescura e ingenuidad de los inveterados pronunciamientos; es el documento que separa cronológicamente al Franco-militar del Franco-político. Figuran en él frases de este estilo: "Una guerra sin cuartel a los explotadores de la política, a los engañadores del obrero honrado, a los extranjeros y a los extranjerizantes que directa o solapadamente intentan destruir España." Y termina, nada menos que con la divisa de la Revolución Francesa: "Fraternidad, Libertad e Igualdad. Españoles: ¡Viva España! ¡Viva el honrado pueblo español!". La verdad es que tales exclamaciones podían haber partido del "otro lado", o mejor, de cualquier lado que supusiera restaurar el orden republicano. La cosa no fue así, como es notorio. El "pronunciamiento" se trocó enseguida en "Alzamiento", y luego en "Movimiento", en ambos supuestos con los calificativos de "Glorioso" y "Nacional". Cada paso que se daba en el léxico implicaba un nuevo caudal de energía ideológica.

Un biógrafo tan condescendiente como Brian Crozier afirma que "Franco fue siempre un hombre de principios, no un ideólogo"⁴. Se juega aquí con las palabras, por cuanto los "principios" parece que tienen que ser "sólidos y positivos", mientras que las "ideologías" connota un sentido de justificación o de defensa de intereses. Ciertamente, Franco no fue un creador original de ideologías, pero supo muy bien seleccionar, impulsar y organizar el abanico ideológico pertinente para resistir cuarenta años en el poder. El repertorio ideológico que le ha acompañado en esa excursión histórica ha estado siempre muy claro y cualquiera que se haya opuesto a él ha sido eliminado de una u otra manera. Ese ha sido el primer "principio" de la conducta de Franco, con el que naturalmente cabe o no estar de acuerdo, pero que es inútil obviar si se ha de entender la realidad.

La única relación directa que tuvo Franco con la política de partidos fue su indeciso intento de presentarse como candidato a las elecciones de febrero de 1936. Parece ser que incluso José Antonio Primo de Rivera se opuso a tal pretensión, lo cual indica el poco cartel que podía tener Franco por entonces como aspirante a político, a pesar de ser muy conocido y prestigioso como militar. Antes de terminar el año, José Antonio Primo de Rivera era fusilado, y Franco se convertía en Jefe Nacional de Falange Española Tradicionalista y de las JONS, en Jefe del Estado vitalicio y absoluto, y pretendidamente en Caudillo de todos los españoles. Para no ser ni siquiera falangista, y todo lo más monárquico de filas y católico nada fervoroso, era toda una hazaña, muy superior desde luego a la de ganar la Guerra Civil. La explicación de tal salto en la lógica de la política está en que se inició con éxito la operación de crear el mito de un caudillaje. Veamos algunas secuencias de tal operación en la moviola de la crónica ideológica del franquismo.

LA FRANCOLATRIA

Franco ha sido muchas cosas. Una de ellas la que nos han querido transmitir sus fieles partidarios, los manipuladores del carisma. El sentido religioso que conlleva tal término implica, efectivamente, que la presentación pública de Franco se ha realizado a base de realzar sus virtudes católicas y sobre todo la analogía religiosa de su papel político. En esta operación ideológica han participado de pleno los Obispos, los "católicos" como familia política, y, en general, los ideólogos más fieles del franquismo.

Un documento de reciente canonización en vida (péñesele la licencia, que será comprensible para el que siguiera leyendo) de la figura de Franco es la carta pastoral "La Iglesia y Francisco Franco", del Obispo de Cuenca José Guerra Campos (el obispo de la tele), publicada en septiembre de 1974. En ella se sostiene el hecho "singular" en el mundo actual de "un hijo de la Iglesia [que] ha tratado de proyectar en la vida pública su condición de cristiano y la Ley de Dios proclamada por el magisterio eclesiástico", lo que asegura, en consecuencia, los beneplácitos que ha recibido Franco de Papas y Obispos, en tal grado que "difícilmente se hallarán en relación con ninguna otra persona viviente en los últimos siglos". La redacción no es muy feliz, pero la idea sí es muy clara: bendecir la excepcional filiación católica del Caudillo.

Carrero, la verdadera sombra de Franco, señala con evidente e intencionada exageración retórica que "el Caudillo, sobre el que la Bondad Divina, conmovida sin duda por los merecimientos de tantos mártires como en nuestra

guerra se inmolaron por no renegar de su fe, ha derramado tan ampliamente la gracia de Estado, no sólo nos condujo a la victoria de 1939, sino que supo calar agudamente en el origen del mal para corregirlo en su raíz" ⁷. Obsérvese la utilización reiterada de palabras con sentido teológico (**mártires, inmolar, fe, gracia de Estado, mal**) para describir un suceso político.

Esa misma técnica de la continua referencia a las imágenes religiosas es la que emplea Luis de Galinsoga, uno de los biógrafos de Franco, para editorializar sobre él, como lo hizo durante tantos años en las páginas de *La Vanguardia*. Anoto simplemente una lista de las palabras, frases y expresiones que aparecen en dos editoriales ⁸ y que mejor trazan la vena lírico-teológica con que se describe la ejecutoria del Caudillo:

- Mano cristiana.
- Supo hacer milicia la Religión y Religión milicia.
- Sentido religioso ascético.
- Capitán de una Cruzada.
- Misionero ejemplar.
- Ejercicio espiritual que implica la entrega [...] de una vida al servicio de una Patria católica.
- Milicia y Religión.
- El Generalísimo en el momento en que besaba, Dios sabe —y su alma pura de soldado también— con cuánta unión y con cuántas invocaciones, al Dios de los Ejércitos.
- Aquella estampa del Caudillo en el momento del ósculo sagrado.
- Libertador de Montserrat.
- Misionero de la fe.
- Protector eficaz como nadie de [los Benedictinos].
- Política de Dios, y todo el gobierno, gobierno de Cristo, de Francisco Franco.
- Redención [del 18 de julio 1936].
- La más genuina e infalible de las Cortes [la Junta de Defensa Nacional de 1936].
- Cónclave [la Junta de Defensa Nacional de 1936].
- Posesión de las cuatro virtudes cardinales [...] eso era lo difícil, lo arduo y casi lo milagroso.
- Sino de predestinación [...] jamás aplicable a caso alguno.

Parece excesiva tal densidad de metáforas religiosas, pero no lo es si se parte de la medieval noción de "defensor

de la Fe" con que se dibuja el perfil oficial de Franco. "Ningún gobernante, en ninguna época de nuestra Historia, ha hecho más por la Iglesia Católica que Vuestra Excelencia" ⁷, le dice Carrero a Franco con todo el aplomo del mundo, pasando por encima de San Fernando, los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II. Esa excepcionalidad casi sobrehumana se exhibe en múltiples comentarios periodísticos, no sólo en los de la prensa dirigida de los primeros años posbélicos. Estas son las transidas endechas de un artículo de fondo de Pilar Narvión en 1971:

Desde las Cortes de Cádiz y el malaventurado reinado de Fernando VII la historia de España es la historia de un subdesarrollo político espeluznante que no ha tenido más excepción que la figura política de Franco [...] Lo que alarma un poco en estos momentos es el escalofrío que ha producido a todo español sentido y consciente la alusión del General Franco a su condición de hombre mortal [...]. La figura de Franco ha llenado de tal forma la realidad política española de los últimos treinta años que prácticamente se ha reflejado en los hombres públicos como la luz del Sol se refleja en la Luna ⁸.

Una idea repetida en muchos textos periodísticos es el carácter providencial y mesiánico de la figura del Caudillo. En un libro de propaganda política editado en 1938 se contiene ya una clara alusión bíblica al sostener que Franco ha sido "dado providencialmente a España, como nos enseñan los libros sagrados que Dios dio su Caudillo al pueblo escogido, para que, salvando a nuestra Patria, salve con ella a la civilización del mundo" ⁹. Nada menos.

Recién terminada la Guerra Civil, es el diario *Ya*, de la Editorial Católica, el que propaga la doctrina del providencialismo en la elección de Franco, un argumento que posibilitaría, sin duda, la integración de los "católicos" (en cuanto familia política) en los posteriores gobiernos de Franco. Véanse algunas muestras de los editoriales de *Ya* en esa época:

Sus pérfidos designios fallaron [los de la República], porque la Providencia, que había decidido salvarnos, supo suscitar y conservarnos al heroico Caudillo (13 julio 1940).

Evocamos [...] aquellos instantes [1936], decisivos para la Historia, en que, por altísimo designio [el

Caudillo, vino a erigirse en cabeza y guión de la España dispuesta a renacer pujante y unida (18 julio 1941).

El denodado esfuerzo del hombre [Franco] que fiaba en la ayuda de Dios para salvar a su Patria, obtuvo la ayuda de Dios (4 agosto 1940).

En cuanto a la singular hazaña del Estrecho [el paso de las tropas de Franco por el Estrecho de Gibraltar], punto culminante de la historia española, como Covadonga o Lepanto, denotó, como éstos, la existencia de un jefe genial y el auxilio indudable de la Providencia de Dios (4 agosto 1940).

Con el tiempo, la recordación fabulada de las gestas de la Guerra Civil, ha llevado a extremar el papel carismático del Caudillo hasta los confines del endiosamiento de la locura retórica. Así en un artículo de Luis de Galinsoga titulado significativamente "El verbo libertar es español", publicado en *Arriba* el 19 de julio 1950, se pueden encontrar delirios encomiásticos de este estilo: "El 18 de julio [es] conmemorativo de la liberación, no de España, sino del mundo [...] [Franco] se transfigura igualmente en el Capitán libertador del mundo occidental [en el] Capitán de la Universal Cruzada contra Rusia." Era el momento supremo de la "guerra fría" y del inicio de la dependencia orbital de los Estados Unidos. Esa dependencia y el general aislamiento del Estado español del concierto internacional se disfrazan de orgullo "imperial". Franco se presenta así como un Carlos I redivivo.

Carrero señala que en octubre de 1936, al nombrar Caudillo a Franco, se pone en manos de éste el cadáver de España (bulle latente la imagen de princesa encantada, de bella durmiente del bosque con que se representa a España). Franco "la devuelve a la vida" con la victoria bélica, y luego, con el ejercicio del poder continuado, "la reconstruye y la fortalece". En el mismo contexto añade que "Dios nos concedió [...] la inmensa merced de un Caudillo excepcional que sólo podemos valorar como uno de los regalos que, por algo muy grande, hace la Providencia a las naciones cada tres o cuatro siglos"¹⁰. Nada menos.

No se trata sólo de un providencialismo sostenido por los fieles servidores del Caudillo. El propio Franco reconoce que "han sido tantos y tan portentosos los casos en que, durante nuestra guerra de liberación, Dios nos ha favorecido inclinando la balanza del lado de nuestras armas,

y tantos otros en paz "que no puede menos que alzar su voz" para agradecer "lo muchísimo que le debemos"¹¹. Es un lenguaje muy lejano al tipo de razonamientos laicos y voluntaristas que expresaban Hitler o Mussolini, y en él reside la peculiaridad de lo que podríamos llamar fascismo español. Más aún, los grupos que podríamos reputar como resueltamente fascistas han sólido ser en España católicos a machamartillo, o por lo menos han aceptado resueltamente el ropaje católico como presentación estética. No es cuestión de descender a las cavernas del bunker, pero no pase sin decir que en uno de sus textos, después de recordar que Pío XII trató a Franco como "hijo predilecto de la Iglesia y esforzado paladín y defensor de la Fe católica", concluye con esta herética transfiguración: "El nombre y la figura de Francisco Franco representan en la Historia, no sólo el titánico esfuerzo de una raza, sino el mismo [¿dedo?] índice de la Providencia, trazando un nuevo cauce en el mundo"¹².

La justificación de tales recursos retóricos de la oratoria sagrada proviene en último término de la interpretación del papel de Franco en la Guerra Civil (Cruzada) como "caballero cristiano" y "defensor de la Iglesia". Hay cientos de testimonios auténticos en este sentido. En un editorial de *La Vanguardia* del 16 abril 1947 (y, por tanto, de Galinsoga) se afirma que "los poderes de Franco [...] son el sacro legado glorioso de los mártires", refiriéndose, naturalmente, a las víctimas del bando nacional. El Obispo Cantero, que ostentó durante tantos años altos cargos políticos en el Régimen, enseña en 1942 que han sido tales los "beneficios que la prudencia y la espada de Franco han proporcionado al catolicismo español" que sin ellos la Religión Católica habría desaparecido de España, y, en consecuencia, los católicos, "como católicos", están obligados a apoyar al Régimen¹³.

El propio Franco no ha tenido empacho en admitir pavidamente la intervención directa de Dios en las incidencias de la Guerra Civil. Dice, por ejemplo: "En los meses de nuestra Cruzada de Liberación se repitió el hecho de que los combates decisivos de la guerra se resolvían decididamente en los días en que se celebraban las mayores festividades de la Iglesia"¹⁴. Franco se refiere, concretamente, a que la batalla de Brunete se resolvió con éxito para los nacionales un día de Santiago, pero deja de mencionar que en ese mismo día, al año siguiente, los republicanos comienzan con éxito inicial la batalla del Ebro. La tradicional advocación de "Santiago Matamoros" no resul-

taba en verdad muy congruente con la participación de las tropas marroquíes del lado del bando nacional.

Es evidente la connotación de religiosidad milagrera, de fe del carbonero, infantil y paternal de todos estos usos lingüísticos que tratan de ungir el carisma de Franco en términos sacrales. Nadie ha sido en este empeño tan deliriosamente poético y tan osado como Ernesto Giménez Caballero (uno de los fundadores de las JONS y luego sempiterno embajador en el Paraguay) cuando nos pinta así a un Caudillo-Mesías, precisamente en plena guerra civil:

Sencillo, natural, modesto y hasta casi pobre. Así es nuestro **Caudillo**. [El] es, ante todo, padre. Y por eso es un religioso de verdad [...]. Somos nosotros los que debemos aspirar a El. Y no El a nosotros. No somos nosotros, la masa, los que debemos dictarnos normas. Sino El a nosotros, al resto de la nación [...]. La sonrisa de **Franco** tiene algo del manto de la Virgen tendido sobre los pecadores. Tiene ternura paternal y maternal a la vez. En su sonrisa vemos que el hombre de más poder de España y el que puede fulminar los destinos de los demás hombres, sabe perdonar, sabe comprender, sabe abrazar. Es cierto que **Franco** tiene momentos de gravedad infinita, de dolor, de seriedad amarga. Pero siempre es culpa nuestra. Y se debía pagar con fuerte castigo el poner serio a Franco ¹⁶.

La verdad es que hay que hacer un gran esfuerzo propagandístico para tratar de "vender" la imagen de un Franco sonriente. Su representación icónica más frecuente es la de una figura callada y melancólica, triste incluso, acaso efectivamente por culpa de muchos españoles tan reacios a aceptarlo.

Una derivación muy práctica de los poderes taumáticos de Franco es la interpretación de su capacidad clarividente y profética, de adivinar los presagios que pueden advenir al orbe capitalista. **Centinela de Occidente** se titula precisamente la biografía encomiástica de Galinsoga. En un editorial de **La Vanguardia** del 15 marzo 1947 se deja muy claro el poder de "proféticas videncias" que tiene Franco al avisar a todo el mundo de "los males que adolecen a la humanidad por la feroz expansión soviética". Recuérdese que eran los tiempos de luna de miel entre los USA y la URSS, con la consiguiente retirada de

embajadores de Madrid. Por cierto, que en este texto oficioso se emplea tempranamente la expresión "franquismo" para aludir a la francofilia de Galinsoga, palabra con que, según él, lo califican "determinadas gentes filibusteras y reticentes". Lo cierto es que Franco y los más ardientes franquistas se resistieron siempre a aceptar ese abstracto, que se reservó durante años para la literatura en el exilio y que sólo al final del mandato de Franco volvería a ser aceptado dentro, traído ahora de la mano de historiadores y sociólogos. Alguno de los historiadores —como Ricardo de la Cierva— llegó a hacer del **franquismo** todo un género literario, bien popular por cierto. Algunos de los sociólogos —como Juan J. Linz— se empeñó en rechazar el término **franquismo**, a pesar de ser el más reconocido experto en tal tema. El abstracto no cuaja del todo hasta los postreros días de la vida del Generalísimo.

En el fondo, la resistencia a aceptar el apelativo de "franquista" se explica porque los manipuladores del carisma de Franco quisieron hacer extensivo su caudillaje, no sólo al bando vencedor, sino al conjunto del pueblo español; más aún, lo que pretendieron fue la mística comunión del Caudillo con la misma España, como si fuera su vera encarnación en persona. No exagero. Un distinguido educador y jesuita transmite a los maestros en 1938 que "nuestro Generalísimo no será la imagen de la nación, sino que será la nación imagen del Generalísimo" ¹⁶. En el mismo año, en otro libro de adoctrinamiento político, se afirma que "Franco es el espíritu y la carne de España" y tener fe ciega en él es lo mismo que tener fe ciega en la Patria" ¹⁷. En los editoriales de los periódicos es normal encontrar, años más tarde, formulaciones del estilo de: "La verdad y la razón de España [aparecen] encarnadas y personificadas por Franco" (Ya, 8 julio 1947), o bien: "Esta serenidad del Generalísimo, transfundida como un efluvio vital a la nación entera, ha constituido durante los últimos lustros la mejor eficacia de la posición española ante el mundo y ante la Historia" (**La Vanguardia**, 1 mayo 1947). Eran los momentos de bombardeo de la opinión para preparar el delirio de la manifestación de la plaza de Oriente (situada, como es sabido, justo en el límite occidental de Madrid), en una de las pocas ocasiones en que Franco ha gustado de movilizar a las masas.

LA MANIPULACION DE UN CARISMA

La exaltación (así se dice) del General Franco a la Jefatura del Estado significó algo más que una situación fáctica de poder; inauguró una forma genérica de mandar: el **caudillaje**. Esta operación intelectual y política tuvo un teórico de gran altura: Francisco Javier Conde, que logró injertar la filosofía política alemana al respecto (Max Weber, Carl Schmitt) con la tradición católica más castiza, un cruce de especies que arriesgaba la esterilidad¹⁸. En realidad, algo de esto sucedió, porque lo cierto es que nadie continuó con altura la obra de Conde en su intento por legitimar el caudillaje, y él mismo fue tráfuga de los escalones más altos del poder a los que parecía vocado. Pero su apartamiento político y su honradez intelectual es asunto irrelevante a este discurso; queda su obra, verdaderamente ejemplar por lo fina y clara. Resumiré su argumentum cardinal con los textos originales, que luego han sido tan trivializados, mal interpretados y al final olvidados, incluso por los más fervorosos adalaces del franquismo¹⁹.

Conde parte del "proceso de despersonalización del mando inmanente a la democracia" (p. 372), el cual, en la situación próxima española, es decir, la República de 1931, "desemboca en la Guerra Civil" (p. 373). Se impone, entonces, frente a la "legitimidad racional" o confianza en que se tiene el poder por el mandato de la ley, una nueva legitimidad que es el caudillaje. Para nuestro autor acaudillar es: 1) mandar legítimamente, 2) mandar carismáticamente, y 3) mandar personalmente. ¿Qué significa esa concatenación? El mando legítimo se deriva de la acumulación de poderes de hecho que provoca la con-

frontación bélica, o dicho con su inimitable prosa: el caudillaje es la "dictadura revolucionaria apoyada en el poder constituyente del pueblo, cuya voluntad se manifestó en el recurso a las armas" (p. 377).

Obsérvese la serie de contradicciones lógicas de tal encadenamiento de conceptos: no se entiende fácilmente cómo se puede ser dictador y revolucionario, ni dictador y apoyarse en el pueblo, ni legitimarse popularmente por una Guerra Civil..., es decir, contra otra parte del pueblo. O, mejor dicho, se puede decir todo ello, y eso es parte del proceso de manipulación del carisma que aquí se describe. Comentando una frase definitiva de Conde sobre el caudillaje ("acaudillar es, ante todo, mandar legítimamente. Acaudillar no es dictar: caudillaje no es sinónimo, sino contrapunto de la dictadura"), Ricardo de la Cierva se refiere con cáustica ironía a la "desesperante pero eficaz costumbre interpretativa del Régimen: envolver en circunloquios exactamente lo contrario a lo que normalmente debería entenderse"²⁰. No hay nombre para esa figura de la retórica, pero en verdad que ha sido utilizada con profusión por los ideólogos del franquismo, vocalmente deseosos de aparecer como defensores de la "democracia", naturalmente en su forma "española". Téngase en cuenta que Ricardo de la Cierva, aparte de saber mucho sobre Franco, se ha autodefinido siempre como franquista (aunque no haya sido considerado así por el bunker del Régimen), lo cual acaba por cuadrar el círculo de la contradicción.

En el razonamiento de Conde el elemento central y más abstracto es el "mando carismático", el cual "descansa en la devoción extraordinaria a la ejemplaridad o temple heroico de una persona y de las órdenes por ella establecidos" (p. 378). El Caudillo, en suma, es el que posee una acumulación superlativa de cualidades. Es evidente el sentido originariamente religioso del concepto ("carisma" es equivalente a "gracia divina" en la literatura teológica), que Conde lo magnifica aún más: "Lo religioso impregna así decisivamente los actos genuinos del caudillaje. En ese elemento [...] está la raíz última de la identidad entre el caudillo y los acaudillados. La misión religiosa del mando político presupone, como término correlativo, la conciencia de pertenecer a un pueblo elegido. Esa conciencia está presente en la interpretación de la Guerra [Civil de 1936-1939] como Cruzada y de España como pueblo llamado a salvar al hombre moderno del abismo en que se halla caído" (p. 380). En ese enunciado

se expresa muy bien la peculiar manifestación del Régimen franquista como un "fascismo frailluno", con su mezcla de elementos teocráticos, nacionalistas y totalitarios.

La legitimación teocrática —como la de los antiguos reyes— de Franco se graba tardíamente en las monedas ("Caudillo por la Gracia de Dios"), pero sin que esta expresión aparezca en textos legales o discursos, más que de vez en vez. Así, de manera muy excepcional, la Orden de 28 de septiembre 1937 de la Comisión de Organización del Estado, firmada por el General Jordana, segunda que el 1 octubre 1936 Franco asumió "por Gracia de Dios y verdadera voluntad de España los máximos poderes". La famosa "responsabilidad ante Dios y ante la Historia" tampoco se ha prodigado después en textos legales; inicialmente se confiere a Franco, no como Jefe de Estado, sino como Jefe Nacional del Movimiento. Así en los Estatutos de FET y de las JONS, de 4 agosto 1937, se dice que "El Jefe responde ante Dios y ante la Historia" como consecuencia de ser "autor de la Era Histórica donde España adquiere las posibilidades de realizar su destino".

El tercer punto que subraya Conde es el mando personal: "el Caudillo es héroe hecho Padre" (p. 385). La increíble frase es apócope de otra enunciada por José Antonio Primo de Rivera en el prólogo a las obras de Mussolini, en el que habla del ideal del sistema de gobierno como el "héroe hecho Padre que vigila, junto a una lucecita perenne, el afán y el descanso de su pueblo". La irragen luminica hizo cierta fortuna. En el discurso del presidente Arias del 27 febrero 1975 éste se dirige a "todos los que puedan albergar esa duda sobre posibles tibiezas, flaquezas, desalientos", y para "disiparlas inmediatamente" les da un bálsamo de Fierabrás: "Que se acerquen al Palacio de El Pardo, que, aunque sea desde la lejanía, contemplen esa luz permanente encendida en el despacho del Caudillo, donde el hombre que ha consagrado toda su vida al servicio de España sigue, sin misericordia para consigo mismo, firme al pie del timón, marcando el rumbo de la vida para que los españoles lleguen al puerto seguro que él desea." La metáfora luminica interviene de manera reiterada en la definición que propone Conde al final de su ensayo: "Caudillaje es mando de hombres libres que, por el vínculo de lealtad a una instancia personal suprema, se tornan lícidos en el ejercicio de su libertad" (p. 385), o bien: "En la conciencia lícida, clarividente, del destino común de los es-

pañoles halla el Caudillo la razón de su legitimidad. Su tarea es de adivinador, de revelador, de profeta" (p. 391). La luz es, en definitiva, luz cuasi divina. La comunicación entre el caudillo y la nación es "poética y religiosa" (página 393). Todo esto puede hoy parecerse un atrevido juego de palabras, y podía no haber pasado de ahí, si, con estas y otras teorías, no hubiera cobrado prestancia un sistema de poder personal que iba a durar más de una generación.

¿Qué hay de realidad en esa idea weberiana de *carisma* en cuanto creencia compartida por parte de los súbditos sobre las extraordinarias cualidades de "su" Caudillo como secularizado profeta o salvador? No cabe duda de que, según adelantó Max Weber, tal creencia surge en los momentos de crisis o de peligro para un pueblo, y de ahí su aplicación al caso de Franco en la guerra de 1936-1939, subsiguiente a una profunda crisis económica y política. Ahora bien, no se olvide que la gran guerra de 1936-1939 fue una guerra civil —en la más condescendiente de las interpretaciones— de una parte contra otra del pueblo español. Este inevitable hecho obligó al bando nacional a reinterpretar la guerra como un conflicto ideológico de dimensiones mucho más amplias, como un definitivo enfrentamiento entre España y la anti-España en el que la rebelión o pronunciamiento se transformaba en cruzada. Esta operación era absolutamente necesaria para convertir al General Franco en algo más que un dictador, es decir, en caudillo carismático. Sólo así las fuerzas ideológicas, sociales y económicas que le apoyaban podían vislumbrar una larga e indiscutida estancia en el poder, lo cual, en efecto, sucedió. En este sentido, y aunque parece extraño, es más cierto que "el Movimiento creó su Caudillo" que "el Caudillo creó su Movimiento". Esta es la realidad de la aplicación de los conceptos de *caudillaje* o *carisma* al caso que estamos examinando.

En esa creación carismática del Caudillo intervienen mucho los que hoy podríamos llamar "comunicadores públicos": escritores, intelectuales, periodistas, académicos, oradores. Todos ellos van a coincidir en destacar las cualidades "diferentes" que misteriosamente adornan la personalidad del héroe carismático. En la mejor tradición weberiana, ese personaje es menos la representación arquetípica del pueblo que preside que la imagen de un individuo atípico, sobresaliente por lo raro. Es evidente en este sentido la contraposición entre la figura de don Miguel Primo de Rivera y la de Franco. Ambos son

—salvadas las distancias— la encarnación del "cirujano de hierro" que pedían los regeneracionistas de finales del XIX, pero don Miguel representa las virtudes del hombre-medio o, si se quiere, del militar-medio, incluso en los posibles defectos. En cambio, las virtudes y defectos de Franco se presentan casi siempre como el anti-arquetipo del español medio, como lo raro y excepcional. Esa disonancia, lejos de disimularse, es subrayada por los comunicadores públicos encargados de elaborar y difundir el carisma franquista.

Este componente de "manipulación" que inevitablemente acompaña a todo proceso de difusión de las cualidades carismáticas de un jefe político extraordinario, implica que, junto al concepto de *legitimidad* (creencia y aceptación por los de abajo en las cualidades del que manda) opera el de *dominación* (imposición de la voluntad del que manda). No todo el que domina llega a adquirir legitimidad para un gran sector del público, pero todo el que desee gozar de una amplia legitimidad tiene que hacerlo a base de ejercer su real dominación. En el caso que nos ocupa, el hecho de que Franco dirigiera las operaciones de una larga guerra civil es un proceso que necesariamente acompaña a la entronización del caudillaje carismático. Un simple pronunciamiento no hubiera podido fundamente el franquismo; no hubiera podido "des-hacer" lo hecho por la República, como la Dictadura de don Miguel en realidad no pudo superar al régimen de la Restauración. La archirrepetida frase de Franco "no queremos sólo vencer, sino vencer" expresa muy bien ese doble juego de dominación-legitimidad.

La manipulación del carisma de Franco se hizo doblemente necesaria, por cuanto es obvio que, aun previa en gran medida a la era de la televisión, su figura careció por sí misma de la presencia, atractivo personal, o la "claridad" que han revelado otros políticos carismáticos del estilo de John Kennedy, Pío XII, Charles de Gaulle o José Antonio Primo de Rivera. La oratoria, la planta física, la originalidad intelectual de Franco no podían pasar de medianas, aun en el más complaciente de los juicios. Había que hacer de la necesidad virtud. De ahí que los sistemáticos esfuerzos para presentarle como una personalidad carismática insisten en cualidades tan poco impresionables, en principio y por separado, como la memoria, la suerte, la inspiración, el tener hábitos sencillos, el aguiante físico o incluso el control de los reflejos fisiológicos. La suma de todas esas cualidades se resume en la figura del

timonel con que se simboliza en repetidas ocasiones el papel de Franco, tanto en imágenes literarias (la "nave" es, naturalmente, España) como en las representaciones icónicas más populares.

Un factor que ha facilitado mucho la manipulación exitosa del carisma de Franco es la propia estructura política del sistema, que no es la de partido único (ni tampoco la de varios, obvio es decirlo), sino la de un régimen autoritario sin partido. La ausencia de una burocracia hecha para seleccionar la clase gobernante ha sido sustituida por un sistema de relaciones personales ("familias") confluente todas en el vértice de Franco. El Caudillo selecciona sus colaboradores de los más amigos, o de los amigos de los amigos (a veces incluso de sus familiares), y, en cualquier caso, cada nombramiento que él hace es un acto de favor, de personal reconocimiento que ha de agradecerse de por vida ("lealtad inquebrantable"). Este sistema de fidelidades se reproduce, a diferente escala, en los rangos inmediatos inferiores de la alta política. Lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que los elegidos lo sean al azar. Antes bien, casi todos los números de la rifa han solidido distribuirse entre altos funcionarios, sean civiles o militares. La burocracia no está reñida con la autocracia. La lógica consecuencia de todo este proceso es que los miembros de la clase gobernante se convierten en fervidos colaboradores en la operación de airear el carisma del jefe supremo. El caso se extiende incluso a los tráfugas que se pasan a la oposición, quienes salvan de sus críticas a la excelsa figura del Caudillo. El ejemplo de Joaquín Ruiz-Giménez puede ser revelador: como líder de la oposición ha mantenido siempre el respeto máximo para el Generalísimo, que un día le tomó juramento como Ministro.

El incesante goteo de la propaganda en un solo sentido ha hecho olvidar a muchos españoles que Franco representó el detonante del enfrentamiento armado contra la República, para recordar más bien el papel de quien trajo la paz, de quien proporcionó trabajo y bienestar y eliminó los conflictos interiores. La propaganda posbélica ha insistido cada vez más en estos temas de pacificación y de prosaica administración de la hacienda nacional, y se ha ido olvidando un poco de la justificación del poder de Franco por su excepcional misión bélica. La "teoría del caudillaje" —como pomposamente fue llamada— quedó pronto en el olvido de los anaques de las bibliotecas universitarias. El propio Javier Conde prosiguió una ca-

rrera poco comprometida, en el semiexilio, que proporcionan las embajadas o los trabajos de erudición. Sus epígonos no acertaron a estimular nuevas demandas de justificación ideológica. El carisma se hizo pronto rutina.

La manipulación del carisma ya rutinizado se realiza con entera facilidad gracias a la enorme difusión de los medios de comunicación colectiva. Baste recordar, por ejemplo, la incansable repetición de la imagen de Franco (bastante inexpressiva, por cierto, sin ninguna de las características de histrionía espectacularidad de Eva Perón, De Gaulle, Castro o Eisenhower) en el No-Do, televisión, cuadros en centros oficiales, sellos, monedas, carteles electorales, etcétera. Es evidente el carácter de omnipresencia, de cuasi divina ubicuidad que se ha logrado dar a una figura así presentada. (Aun cuando algún crítico bastante estricto no encontrara demasiado atosigante tal presencia (desde luego no se puede ni comparar con el caso de ubicuidad icónica de Hitler o Mussolini), preciso es reconocer que Franco ha acaparado el virtual monopolio de la figura pública más reproducida durante cuarenta años, sin sombra de segundo alguno. De ahí el epíteto, entre castizo y cómico, de "galán del No-Do" con que entre el pueblo se le mentaba. Después de él no ha habido ninguna otra figura política reconocida unánimemente por el pueblo.

No menos manipuladora ha sido la técnica de presentar al General en escenas presuntamente "familiares", con afectada intimidad. No hay nada de original en todos estos procedimientos; todos ellos han sido utilizados por otros líderes carismáticos, y el caso de Franco apenas destacaría en la comparación con otros dictadores contemporáneos. En la era de la Televisión se puede "lanzar" un líder carismático, de la misma manera que se "lanza" un famoso de la pantalla o de la novela. Bien es verdad que Franco surgió en la época pretelevisual, pero desde el primer momento de su liderazgo político se cuidó mucho de la propaganda a través de los otros medios: radio, periódicos, revistas, carteles.

Un aspecto muy sutil del carisma de Franco es el aura de incorruptibilidad con que se ha querido presentar su actuación pública frente a las críticas que podía levantar la venalidad de algunos de los que junto a él actuaban. El honrado franquista de filas podía así pensar, en el peor de los casos, que había políticos incapaces o poco escrupulosos, pero era porque "Franco no se enteraba". La idea era situar a Franco por encima de las debilidades humanas y de las preocupaciones monetarias para imaginarlo en-

fracado en los graves asuntos de Estado. El comentario admistrativo sobre sus maratónicas jornadas de Consejo de Ministros o de audiencias, su mesa atiborrada de papeles, la leyenda de su enorme resistencia física, su personal austeridad, todo ayuda a reafirmar esa idea. El mecanismo se rubrica con las ocasionales decisiones de Franco al intervenir personalmente en algunos casos de corrupción en los que el acusado resultaba políticamente fulminado. "Si Franco se enterara..." es la frase que consuela al común de las injusticias que ve a su alrededor. He aquí como, en perfecta aplicación de la teoría de Durkheim, la conculcación de una norma ayuda a reforzar la cohesión del grupo, o en todo caso la cohesión derivada de la ejemplaridad del líder carismático. Naturalmente, lo que de verdad se cohesiona es la clase gobernante, la primera interesada en hacerlo con un líder carismático que le puede asegurar la continuidad, tanto mejor si consigue además eliminar la erosión de la crítica. De nuevo hay que repetir: no es Franco el origen del Movimiento, sino el Movimiento el origen de Franco.

No cabe la menor duda de que el Caudillo ha sido **presentado** de una determinada manera, como hemos visto. Ahora bien, la personalidad de Franco **ha sido** de un modo tal que ha condicionado esa presentación pública, y hasta se puede sospechar que su papel público ha ido conformando de algún modo su personalidad heredada.

Impenetrable, hermético, introvertido, sagaz, prudente, cauto, imperturbable, parco, austero, frío, perseverante, reservado, poco humano y con retranca, solitario, astuto, impávido, clarividente, inexpresivo. La lista de los adjetivos con que tratan de describir el carácter de Franco sus biógrafos o conocidos responde al perfil exactamente contrario de lo que han solido ser los políticos españoles más populares. Ese haz de cualidades es lo que le permitió siempre destacar sobre sus iguales y tenerlos a raya, lo que le facilitó el temor reverencial con que se acercaron a él sus colaboradores, incluso los más "amigos". A base de perder simpatía (un valor excesivamente compartido, y por ello devaluado, en la vida española), ganó todo lo que pudo en poder personal. De todas formas, lo que Francisco Franco fue en realidad, su personalidad íntima y familiar o la de las anécdotas de tertulia, es la menos importante a efectos políticos e históricos. El Franco que cuenta es el que han hecho ver a los españoles del común, el que ha actuado en público, esto es, el Caudillo. Ha sido un error propagandístico el intentar desvelar la personalidad íntima de Francisco Franco, más bien mediocre y poco atractiva, frente al enorme interés de su peculiar sello personal como conductor de un sis-

tema político que lleva su nombre, tan duradero como polémico. La consideración de la figura de Franco ajena a la dimensión del poder resulta bien poco atractiva. En el mejor de los casos destaca por la rara y extravagante, en el más estadístico de los sentidos. El Marqués de Villaverde confiesa que "el General Franco es el más español de los españoles, y al mismo tiempo parece un extranjero entre los españoles. No tiene ninguna característica de los españoles", como, por ejemplo, la prisa o el apasionamiento²¹. Se ha señalado, incluso, que Franco no se echaba la siesta, ni fumaba, ni se le conocía como mujeriego, ni tampoco fue particularmente religioso, rasgos todos en contraposición con el estereotipo del español de clase media tradicional. En cualquier caso, se trata de rasgos casi siempre negativos. Se desea marcar la excepcionalidad por la ausencia de determinados rasgos. Fuera de los casos de devoción histérica, es raro encontrar en los partidarios de Franco la imagen de un líder positivamente extraordinario, acumulador de las virtudes que estereotipan la raza o la nacionalidad.

Puestos a buscar virtudes, los corifeos de las regulares celebraciones de los fastos del régimen se las ingenian para jugar con las palabras y agrupar los epítetos en algún orden nemotécnico. Así, un articulista señala que las "características más acusadas de Franco son la paciencia, la prudencia, la parquedad y el pragmatismo", precisando que son "cuatro **pes** que no suelen ser el fuerte de los españoles"²². Por si cupiera alguna duda sobre esta caprichosa predestinación del abecedario, un nuevo articulista concluye que hay muchas palabras "que teniendo una **P** como inicial podrían simbolizar expresivamente la vida de nuestro Caudillo". Y apunta nada menos que esta ristra: paz, piedad, perdón, patriotismo, prudencia, ponderación, popularidad. Termina calificando a Franco de "patriota, prudente, popular, pacifista y piadoso"²³. Es evidente el capricho retórico de tales caracterizaciones.

El anecdotario del General revela un ser simple y bonachón, una personalidad infantil, un alma de campesino, un carácter abúlico, un tipo supersticioso y elemental, todo, en fin, apuntando hacia un modo de ser bastante alejado de la imagen de superhombre en que han coincidido los textos de la más elemental propaganda, y también en cierta manera del perfil de cruel y endemoniado maquiavelismo con que lo suele presentar la literatura denigratoria (que ha sido la más usual fuera de las fronteras españolas).

En 1937 Franco declaraba a un periodista japonés: "Yo no tengo ningún gusto especial: no fumo ni tengo afición por el alcohol. Lo que me distrae más es jugar con mis hijos. Cuando haya concluido mi misión, me retiraré al campo para vivir tranquilamente la vida de familia"²⁴. Ciertamente a Franco ni se le ha visto fumar ni beber en cantidades desconsideradas. Es posible que le haya distraído jugar con su única hija y luego con sus numerosos nietos, lo cual es bastante normal. Lo que desde luego no ha sucedido es el anunciado retiro al campo, si con ello significaba dejar de mandar. Franco gustó de la caza y la pesca, pero rodeado de su bien nutrida corte, y de hecho vivió hasta su muerte en Madrid, más como un melancólico y retirado rey cazador que como un mundano dictador.

Vivió siempre en El Pardo, que es como una especie de real pabellón de caza, a lo vienés, rodeado de cuarteles, en un monte velazqueño de singular belleza.

Sus virtudes más aireadas han sido las de un campesino anacoreta: la frugalidad y la paciencia. Su lenguaje más característico ha sido el de sus silencios. Su papel más exitoso, el de estíngue. De ahí la insistencia con que sus partidarios han remachado la insólita resistencia física de Franco. Así, por ejemplo, Juan Aparicio (un francófilo casi profesional) relata el pismo que debió producir a un embajador el hecho de que Franco dedicara tanto tiempo a recibir comisión tras comisión, impávido, sin mover "el más minúsculo músculo de la cara". Tal hazaña de dominio corporal la eleva Aparicio a la categoría del "arquetipo de serenidad y aguante" que distingue al Caudillo y que no es dable "solicitar a la mayoría de los mortales"²⁵. En verdad que poco envidiable es el papel de mecánico saluador de cientos de miles —acaso millones— de manos que ha estrechado Franco, pero más de inhumana que de sobrehumana cabe calificar tal hazaña.

Parte de la imagen mítica de la extraordinaria resistencia física de Franco ha sido el reiterado ocultamiento de sus enfermedades y dolencias, algunas de ellas sólo conocidas después de su fallecimiento. Para la cultura psicoanalítica contemporánea el no tener enfermedades no es precisamente un deseable grado de salud. La lentísima y cruel agonía que el alarde de la tecnología médica logró imponer al cuerpo de Franco durante su último mes de vida, con todas las dolencias superpuestas, es como una triste venganza de ese querer superar lo insuperable, de querer hacer sobrehumano lo inhumano.

Por todo lo dicho, se verá que la personalidad de Franco se halla muy lejos de reproducir los cristalinios perfiles de Hitler o Mussolini, entre geniales e histriónicos, pero de alguna manera innovadores. Aunque sólo sea por esa disimilitud, es lógico suponer que el franquismo ya no es meramente un fascismo. Esa reproducción hubiera exigido de Franco una mayor dedicación intelectual de la que realmente mostró. En realidad no estudió nunca una carrera civil (a los diecisiete años ya había concluido el liviano entrenamiento militar que entonces se daba) y, aunque sus devotos comentaristas dicen de él que dedicó muchas horas al estudio, no se sabe de ningún maestro al que leyera con asiduidad. Por lo menos, a ninguno cita de un modo sobresaliente. Militar de toda la vida, vivió siempre en campaña o sumido en el balduque de los expedientes castrenses. Otros papeles de más sustancia intelectual fueron bastante ajenos a su peripécia vital. Acorde con este condicionamiento biográfico, aparece el sincero desprecio que sintió siempre Franco de los intelectuales y su correspondiente admiración por los hombres de acción. "Con la soberbia característica de los intelectuales...", parece que es una de esas frases hechas, de esos juicios apodícticos con que Franco solía concluir sus monólogos en voz alta para consternación de sus interlocutores, según cuenta Pemán²⁶. El desdén anti-intelectual reflejaba, evidentemente, el hecho de que Franco no fue lo que se dice un escritor original (si bien fue autor de un guión cinematográfico), ni un orador destacado (aunque por oficio hubiera de pronunciar miles de discursos), ni tan siquiera un tratadista conocido de temas militares (por más que fundara y dirigiera la Academia Militar de Zaragoza). Lo suyo no fue nunca articular conceptos, manejar ideas, sino mover peones en el tablero del ajedrez político. Terminó por ser lo que siempre odió: un político profesional.

Incluso un biógrafo tan profranquista (o por lo menos anticomunista) como Brian Crozier reconoce que Franco "nunca ha dicho o escrito nada original o de intrínseco valor duradero"²⁷. Hay una anécdota en la biografía de Franco que revela muy bien su talante antintelectual: la sustitución de los libros por "apuntes" en el plan de estudios de la Academia Militar que monta con toda ilustración en 1928. Su propio biógrafo oficial, Joaquín Arrarás, reconoce tal hecho en términos encomiásticos: "Los libros de texto han sido suprimidos y sustituidos por resúmenes oficiales y por explicaciones y conferencias del profesorado, de las que se distribuye a los alumnos un

guión o extracto"²⁸. Desde luego, que la corruptela o práctica de los "apuntes" se ha venido practicando en muchas asignaturas universitarias, incluso algunas décadas después, pero es difícil encontrar ningún catedrático que se jacte de tal "innovación" pedagógica.

No sólo no tuvo tiempo de estudiar, sino que el encasillamiento castrense (en gran parte en la guerra colonial contra los marroquíes) privó a Franco de la experiencia cotidiana de la vida civil tal y como suelen vivirla la mayoría de los políticos. No hay que extrañarse, pues, de su simplista concepción de la gobernación del país como si se tratara de mantener un cuartel limpio, en orden y buen funcionamiento.

En un raptó de sinceridad y de insólita alusión autobiográfica, Franco reconoce que "desde los catorce años metido en disciplinas militares o en servicios de campaña, no había tenido apenas contactos con los sectores del pueblo trabajador"²⁹. El primer contacto que tuvo con la clase obrera fue en 1917, cuando a Franco le tocó dirigir las tropas que habían de "apaciguar" las huelgas de los mineros asturianos. Los espectadores de la película propagandística "Franco... ese hombre" no pudieron contener su estupor ante el comentario en *off* que acompañaba las imágenes de los soldados ocupando la zona minera: "Es en este tiempo, al entrar en contacto directo con los problemas de los trabajadores, cuando [Franco] comienza reflexivamente a formarse su pensamiento político en orden a la justicia social, que será desde entonces su más obstinada preocupación"³⁰. Por ironías del destino, a Franco le tocó otra vez ser el cerebro represor de las huelgas asturianas de 1934. Luego, los comentarios periodísticos redactados bajo el sistema de "consignas", contarán que el General estuvo siempre cerca de los intereses de la clase trabajadora, ante la que se presenta "como el que mejor sabe de sus desvelos y sacrificios"³¹. Se notaba el esfuerzo por fabricar un líder populista (como de alguna manera lo fueron Perón o Mussolini), pero, desgraciadamente, faltaban para ello los suficientes datos biográficos.

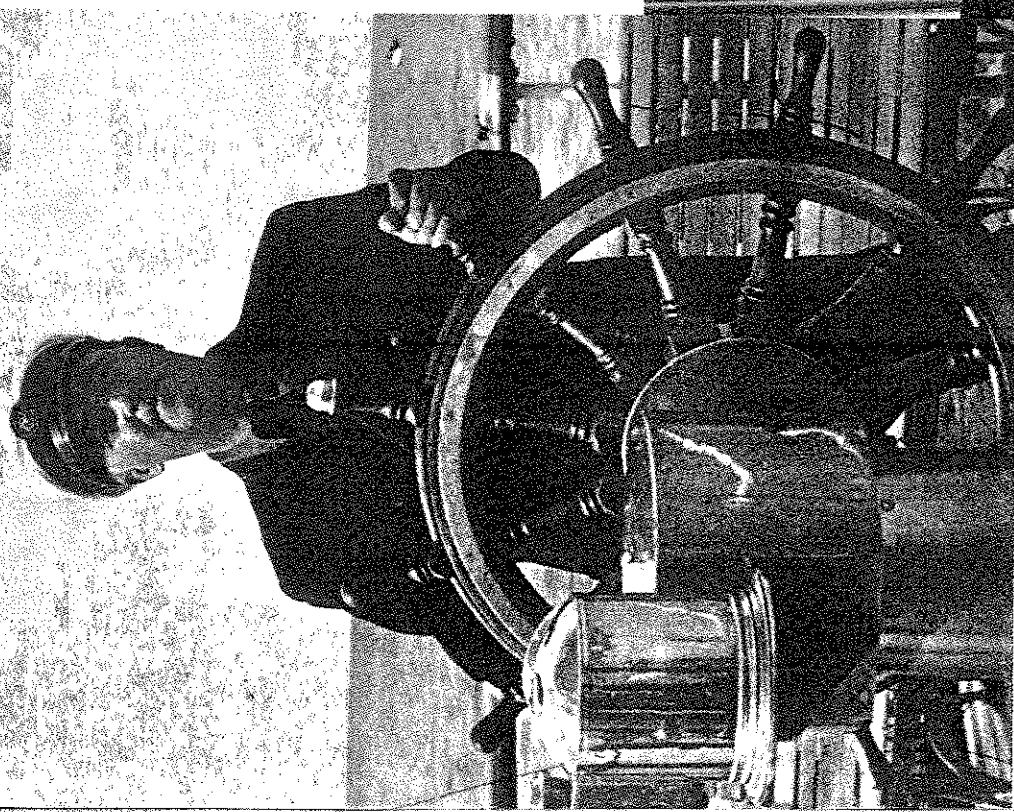
Dada esta parva socialización intelectual y civil, no es de extrañar que el ideario de Franco responda mucho más al repertorio de actividades negativas y estereotipadas de los sectores más amedrentados de las clases medias tradicionales que al tipo de original y utópica agresividad que ha caracterizado a los dirigentes políticos de corte fascista más clásico. Ricardo de la Cierva, el experto en

Franco mejor documentado y con más fácil acceso a las fuentes originales, traza con toda precisión el perfil ideológico que caracteriza al Caudillo y que se resume —por extraño que pudiera parecer— en el odio a la masonería, una institución que no ha sido ajena a los avatares del Ejército en el último siglo. Este es el acreditado testimonio del historiador:

La convicción antimasónica se ha incorporado a Franco casi como una segunda naturaleza. Franco ha simplificado en la masonería todas las causas de la decadencia histórica y la degeneración política de España. La ha perseguido de forma implacable. Se ha creído cercado por ella. Ha transformado toda su vida en una cruzada antimasónica. No admitía, acerca del tema, ni de la evidente exageración con que ha interpretado el tema, disensión alguna [...]. Franco ha llegado a afirmar públicamente que la Cruzada se hizo contra la Enciclopedia ³².

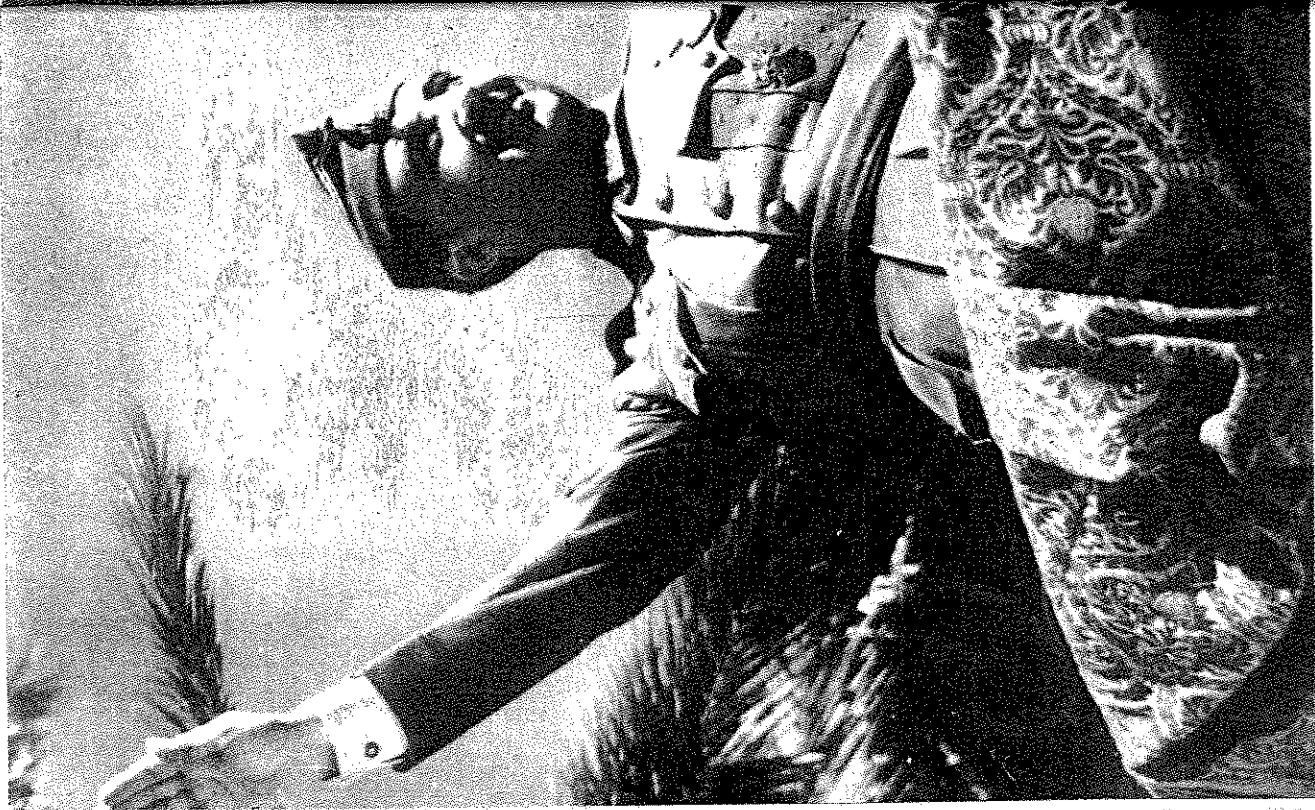
Otros elementos constitutivos de lo que podríamos llamar "psicología de Franco" han sido vistos por el primer y más oficial francólogo de esta manera:

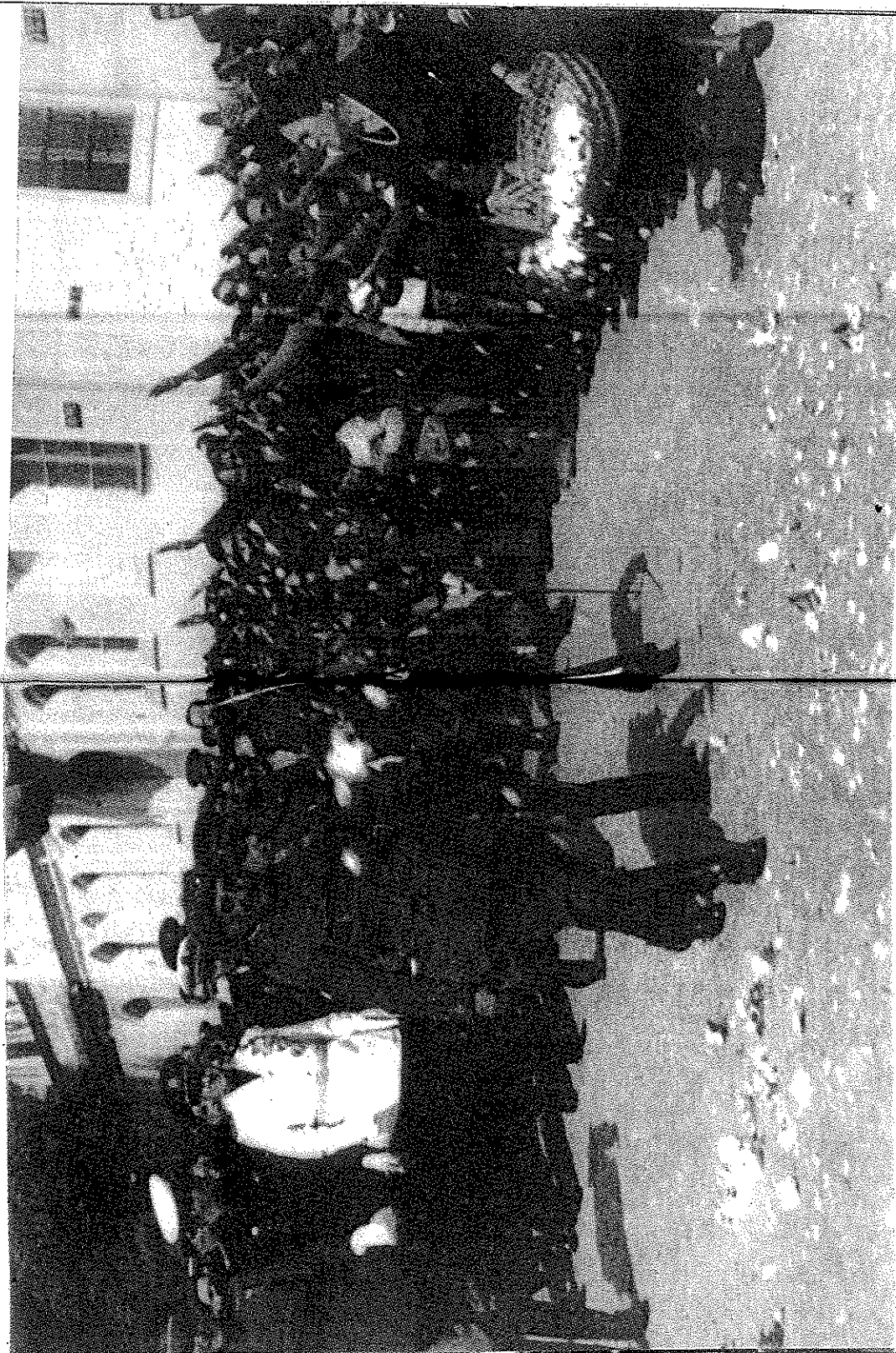
1. Obsesión de identificarse con los "reyes y caudillos" del glorioso pasado histórico, "responsables sólo ante esa gran historia" y ante Dios. De ahí el título de **Caudillo**, el preferido siempre por Franco para autodesignarse.
2. La idea central de **la unidad**: "La unidad nacional frente a los separatismos; la unidad política frente a los partidos; la unidad social frente a la lucha marxista de las clases" y, por encima de ellas y como garantía, la indiscutible "unidad militar".
3. Un cierto talante de "autoritarismo paternalista y a la vez tradicional" en el sentido del que tuvieran los reyes y validos del **despotismo ilustrado** sólo que cristianado: "El factor religioso se incorpora a la ideología política de Franco durante la guerra civil, y por efecto de la guerra civil."
4. El **anticomunismo** "visceral y sustancial" como "cruzada" más que como táctica política. "Para Franco el comunismo es una fuerza histórica que, entre sus objetivos básicos, alimenta la destrucción de España, en comparación o como relevo de otras fuerzas de signo cósmico: las sectas masónicas, el liberalismo como línea negativa y disolvente de lo tradicional."

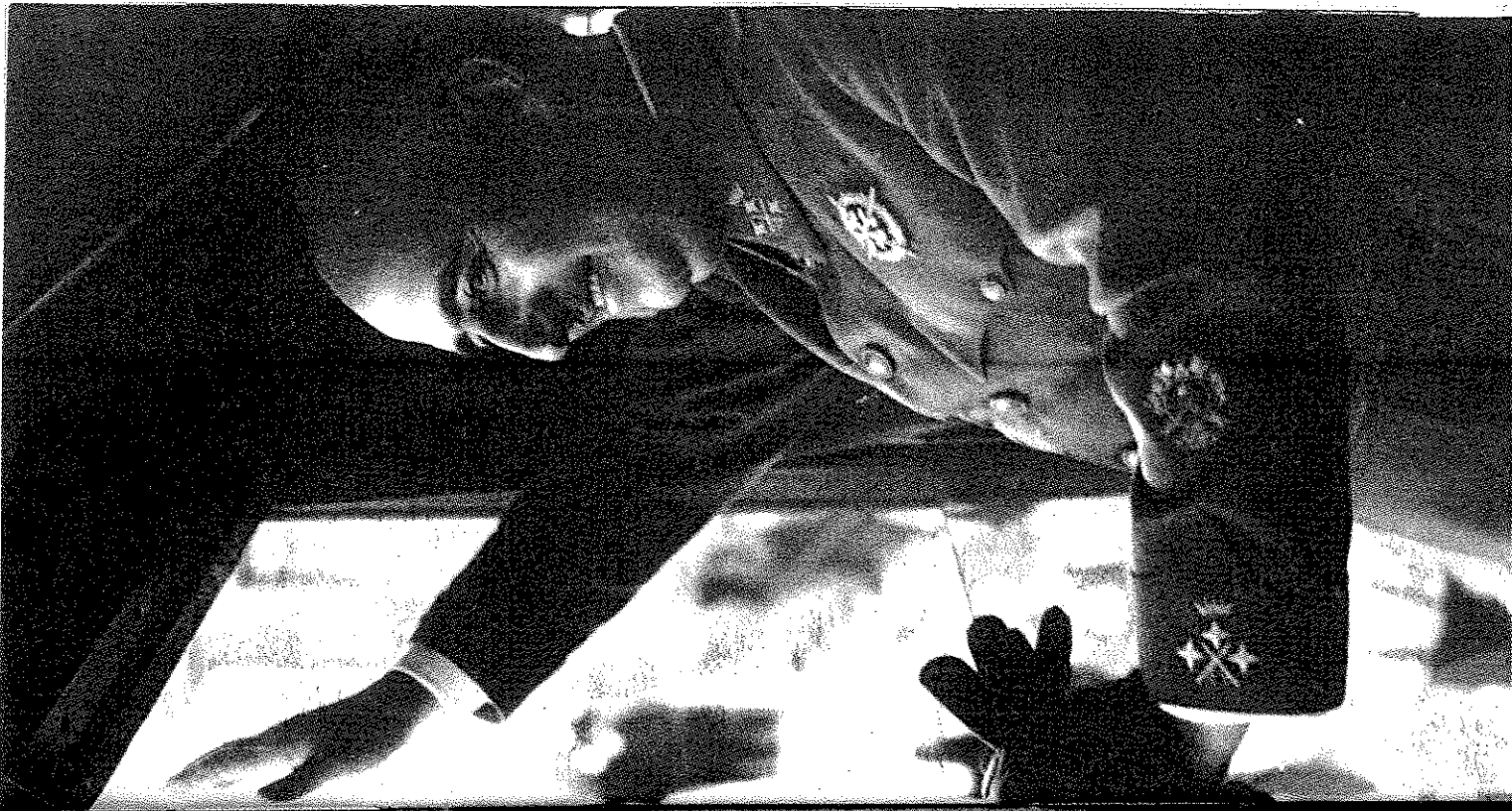


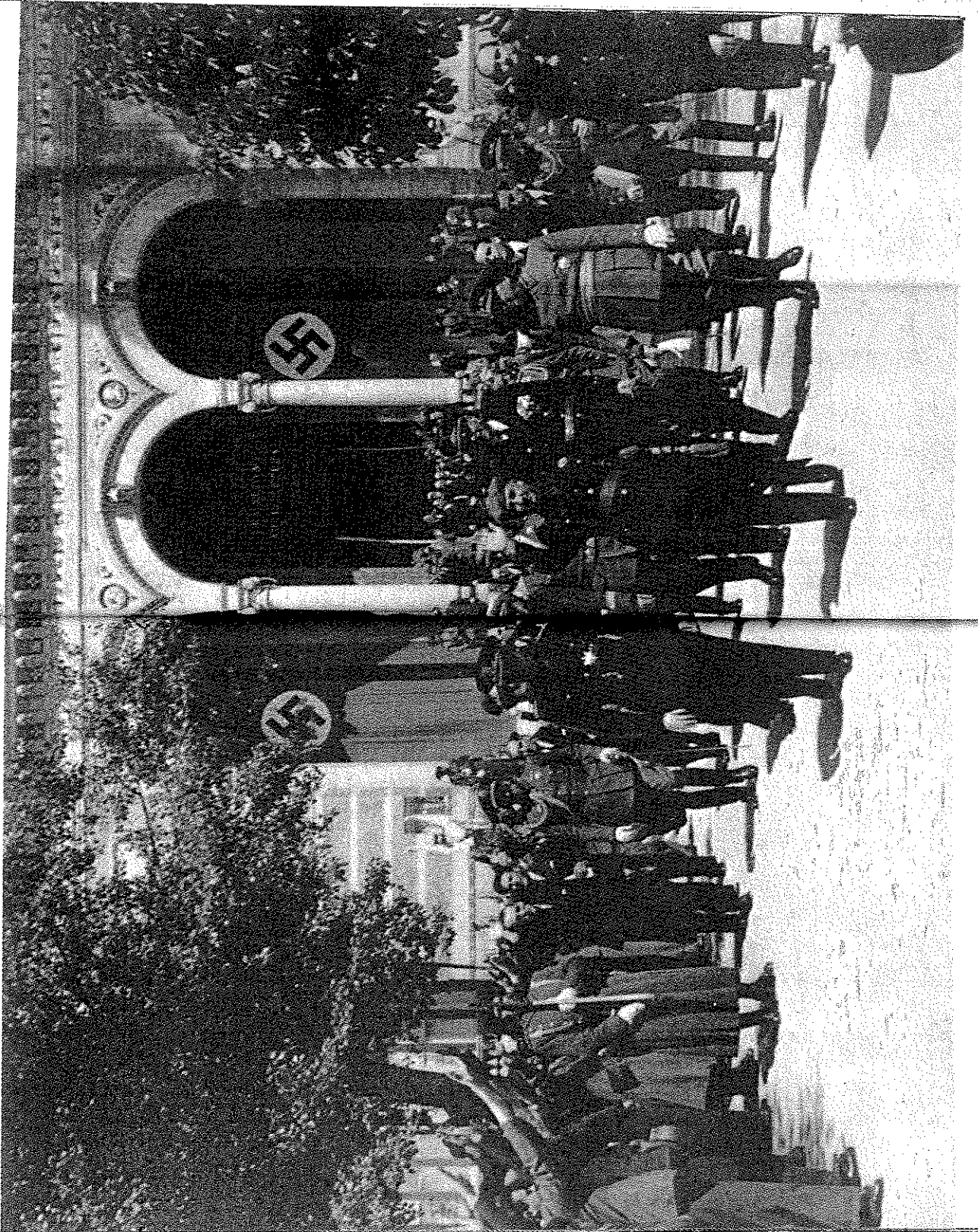
Times

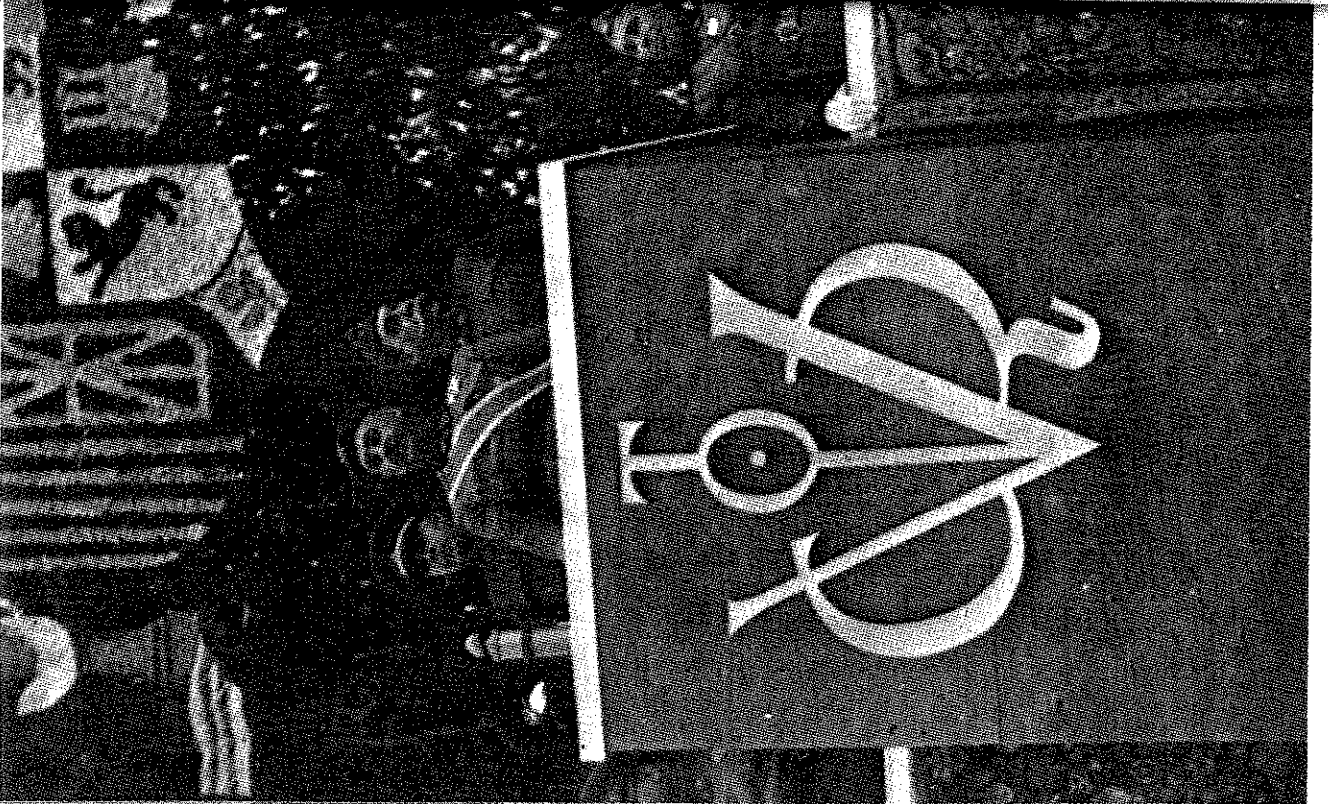
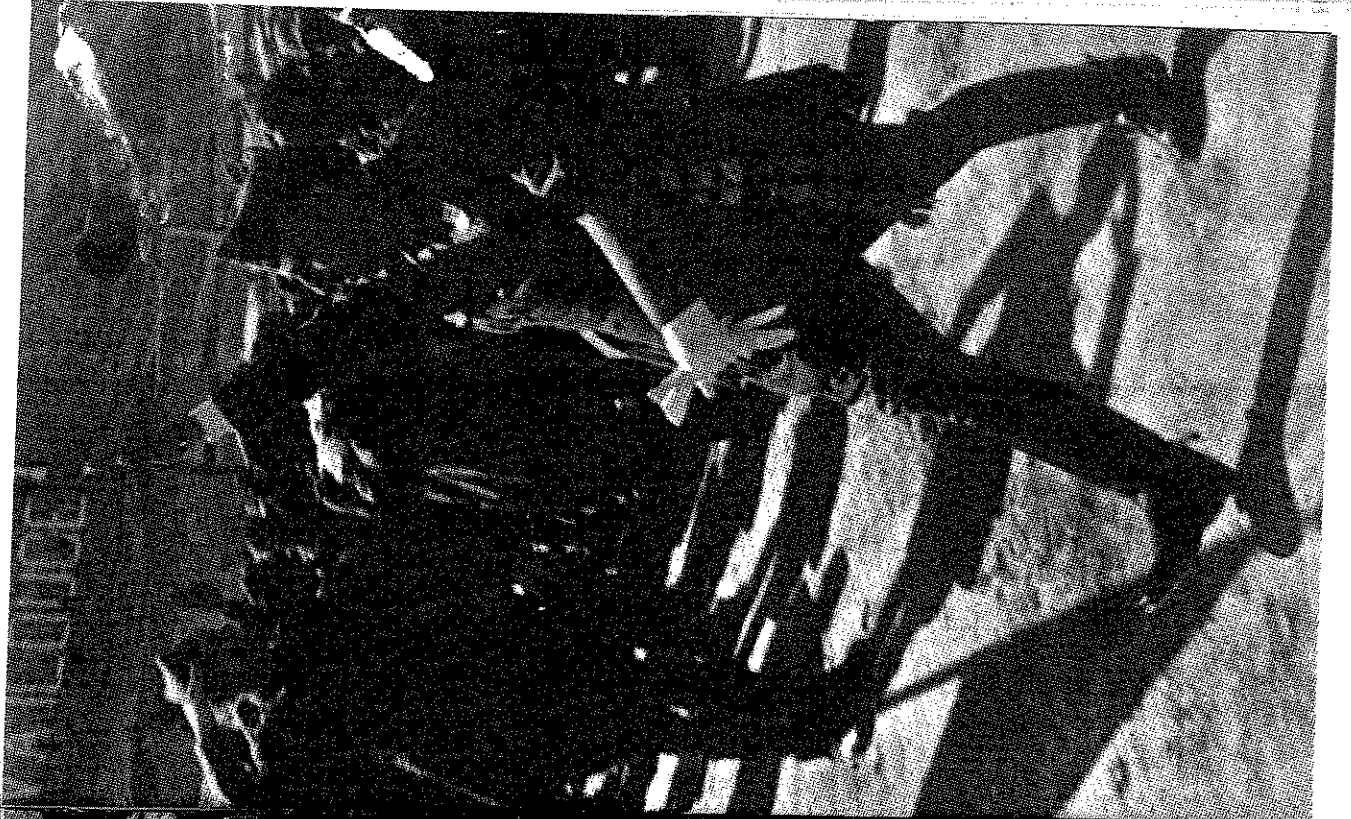


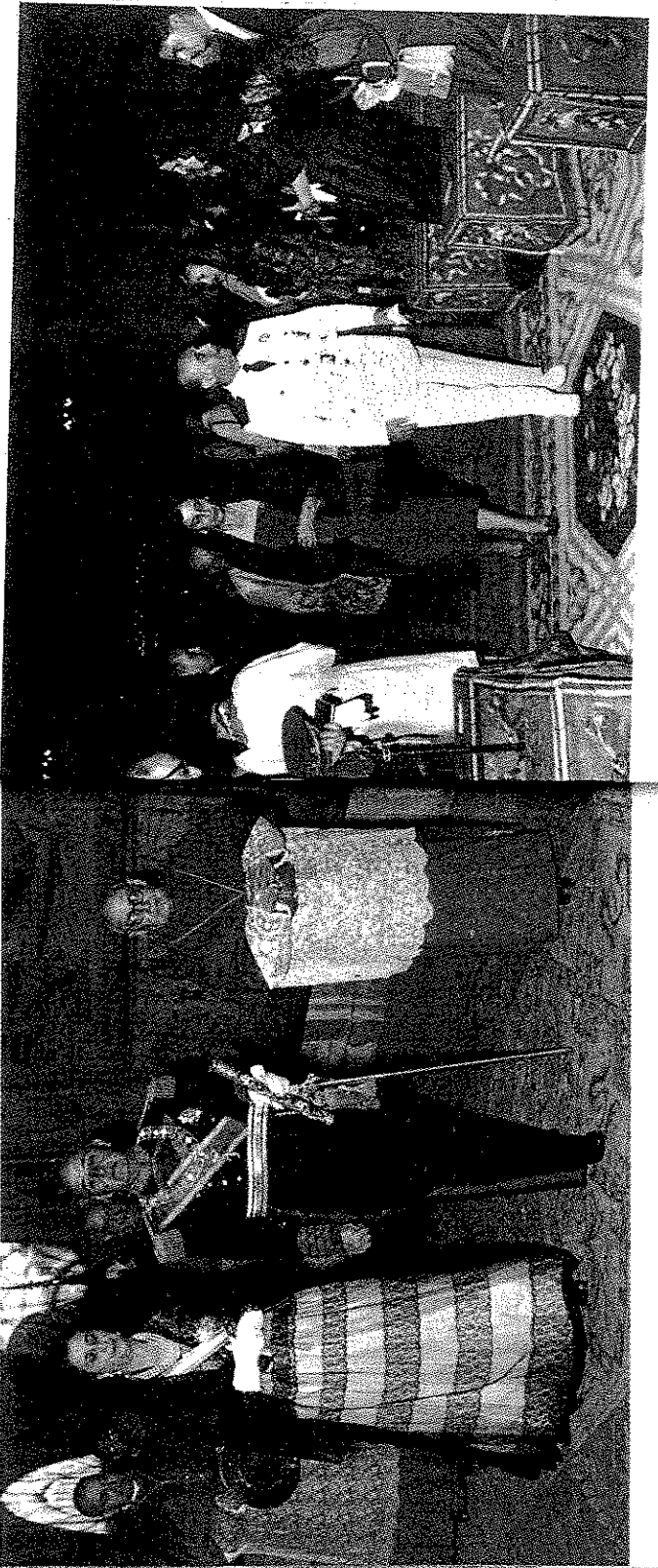












A partir de estos elementos es fácil entender las mezclas y combinaciones de ellos —asaz limitadas— que resultan en los discursos y papeles de Franco. No hay que extrañarse de que los redactores de las consignas oficiales comenten que Franco habla “con la concisión usual en el campesino español, que es corto en palabras, pero que es largo en trabajos y en esfuerzos”⁸³. Era una manera eufemística de presentar la especial retórica del Caudillo casi siempre premiosa, nunca brillante, bastante repetitiva y poco original. En un país de oradores, charlistas de oficio, picos de oro, tribunos y predicadores, este pecado de retórica no podía pasar desapercibido.

Pemán sostiene que “puede uno someter a un análisis casi químico los muchos discursos que [Franco] ha tenido que pronunciar, sin que escurra de ellos ni una gota de literatura, ni una cita de literatura, ni una cita de un autor, ni una metáfora, ni un *tropo*, ni un *latiguillo*”⁸⁴. Parece un juicio demasiado severo, más propio de quien le hubiera gustado ser el redactor de los discursos del Caudillo. La verdad es que éstos son muy personales, muy desbarbolados de citas y todo lo austero que pueden ser las arengas castrenses, pero no por ello se puede decir que carezcan de una “literatura”, de un peculiar uso de las figuras de la retórica. Es evidente que los discursos de Franco dan el tono de una cierta coherencia, y casi se diría que están escritos por él mismo. A veces se adivina la pluma del Almirante Carrero. El problema de la autoría es lo de menos; lo importante es que lo dicho públicamente por Franco ha de ser atribuido a él, y es la imagen que en ellos aparece lo que oficialmente se ha querido representar.

La técnica de muchos de los discursos de Franco es la de compendiar en ellos rápidos digestos de la Historia de España, desde la parcialísima óptica de las “dos Españas”, siendo la una y auténtica la que se identifica con el Movimiento Nacional como creación original suya. Esta técnica permite, por ejemplo, deslindar siempre una dicotomía de buenos y malos, de lo aceptable y lo vituperable. El recurso retórico de la anítesis se aplica muchas veces a la “democracia”, palabra polisémica que abarca dos contrarios: 1) La democracia “bien entendida”, la que patrocina el propio Franco, y 2) la “llamada democracia inorgánica” (se entiende, llamada por los franquistas) que comprende tanto el denostado parlamentarismo liberal como las “tituladas democracias populares”. He aquí una



muestra de los adjetivos que califican una y otra forma democrática tal y como se pueden espigar en los discursos de Franco:

"Democracia orgánica" "Democracia inorgánica"

- | | |
|--------------------------|-----------------------|
| — efectiva, real, activa | — formal, formalista |
| — sincera | — verbalista, garrula |
| — social | — explotadora |
| — verdadera | — falsa |
| — auténtica, genuina, de | — convencional |
| nueva planta | — fracasada |
| — representativa | |
| — católica | |
| — directa | |
| — activa | |
| — responsable | |
| — razonable | |

Obsérvese que la profusión de adjetivos es mucho más rica para calificar positivamente al sistema franquista que para denigrar a sus oponentes. Es lógico que así sea, puesto que la "democracia orgánica" era todo un excepcional invento que en ninguna parte del mundo pudo encontrar su traducción real.

El lenguaje de Franco, por ser poco original, está lleno de lugares comunes, de latiguillos del uso más común y mostrenco: "Todo atado y bien atado", "sin prisa pero sin pausa", "los hombres y las tierras de España", "no sólo de pan vive el hombre", "es para mí una satisfacción", "la nave del Estado", "la pertinaz sequía", "los turbios manejos", "los edificios no se comienzan por el tejado". Estos dichos y otros muchos que se podrían citar son parte de la retórica más popular, de la imaginaria lingüística que viene de la Biblia, de la prosa latina más convencional o de la aplicación del sentido común al quehacer cotidiano. Diríase que por este lado Franco trataba de acercarse a las entendederas del pueblo-pueblo, un poco en la línea de los líderes populistas, aunque sin la garra de un Roosevelt o un Perón. Véase una muestra. El 4 de abril de 1973 Franco recibe en audiencia a la Agrupación de Limpieza Pública y Alcantarillado, y les espeta animoso lo que sigue: "Vuestra misión, aunque humilde, contribuye enormemente a solucionar cuestiones tan importantes como la de la descontaminación, que es un problema que no sólo afecta a nuestro país, sino al mundo entero."

En la mayoría de los discursos Franco emplea una especie de plural mayestático, que evidentemente no se refiere nunca a él y a su mujer (como hará después Juan Carlos en evidente traslación de la costumbre norteamericana), ni tampoco al conjunto de los españoles, sino a un "nosotros" de los que a él le rodean y se hallan identificados con su personalísima idea de lo que es "el servicio a la Patria".

Queda dicho lo de la escasa originalidad del pensamiento de Franco. Esto no quiere decir que beba de otras fuentes. Franco no tuvo discípulos intelectuales, pero casi tampoco maestros. Aunque apenas cita a nadie (un rasgo evidentemente deliberado), hay que reconocer que las frases más hechas y famosas de Franco... son de José Antonio Primo de Rivera, con quien se identifica expresamente en ocasiones, pero más por ser el hijo del Dictador que por haber fundado la Falange Española. Fuera de esta referencia obligada y algunas fugaces alusiones a don Antonio Maura o a los ideólogos de la Comunión Tradicionalista, lo cierto es que los textos del Caudillo no se apoyan en una explícita tradición intelectual.

Llama la atención en la literatura franquista todo un sistemático esfuerzo por sustituir determinadas palabras y expresiones por sus equivalentes retóricos. Véanse algunos ejemplos:

Palabra o idea original que no cita Sustitutivo retórico con el que aparece

- | | |
|---|-----------------------------------|
| — Los jóvenes | — "Nuestras juventudes" |
| — Los muertos del bando nacional en la Guerra Civil | — "Nuestros mejores" |
| — El campo | — "El agro" |
| — Región | — "Comarcas, provincias, tierras" |
| — Obreros | — "Productores" |

Es evidente que tales sustituciones no lo son por azar, ni por razones de apocar el discurso, sino por el claro propósito de obviar ciertos elementos conflictivos.

Como es lógico suponer, los textos de Franco aparecen llenos de metáforas militares: "Avanzar en todos los frentes", "reconquistar posiciones", el "enemigo", la "batalla" (de la producción, del agro, etc.), el "capitán" (refiriéndose a él mismo). Esta característica le otorga un alto

grado de autenticidad, o en todo caso revela que en la redacción de los discursos intervenía la mano de algún otro militar. Militares fueron casi siempre, en la guerra y en la paz, los más íntimos colaboradores del Generalísimo. En los textos franquianos se puede detectar igualmente el uso y abuso de las imágenes organicistas para referirse a la sociedad, a España, e incluso al sistema político. España se presenta como un "enfermo", el "cuerpo social" experimenta buena o mala salud. En una ocasión dice: "Nuestro Régimen es un ser vivo que crece y se transforma imperceptible y perpetuamente" (discurso del 17 noviembre 1967). Este rasgo empalma con la tradición regeneracionista de Costa, Picaea, Mallada y otros que en torno a la crisis de 1898 abogan por un "cirujano de hierro" que sajara los "males de la Patria". No cabe la menor duda de que Franco se identificó con ese papel salvífico y que la doctrina política que mejor debió fue el difuso patriotismo organicista y paternalista esgrimido por el regeneracionismo y que de alguna manera fue recogido por los colaboradores de don Miguel Primo de Rivera. De nuevo hay que decir que nos encontramos en el zaguán del fascismo, pieza en la que remoloneó Franco tanto tiempo y que le llevó a cooptar a los líderes falangistas para que no se llevara a efecto una "revolución nacional" de corte decididamente totalitario. Afortunadamente desgraciadamente, Franco no era el líder para tal empresa.